

## 21. La Humillación de Nabucodonosor

Durante muchos meses después del sueño de Nabucodonosor acerca de su humillación, su posición permaneció inalterada. El juicio de Dios se demoró. El rey perdió la confianza en el sueño y lo consideró una ilusión. Más orgulloso y altivo que nunca, se burlaba de sus temores anteriores.

Aproximadamente un año después de que el rey hubiera recibido la advertencia divina, caminaba por su palacio, pensando con orgullo en su poder como gobernante del reino universal más grande, cuando exclamó:

«¿No es esta la gran Babilonia que yo he edificado para casa de mi reino con la fuerza de mi poder y para gloria de mi majestad?» (Daniel 4:30)

La orgullosa jactancia apenas había salido de sus labios cuando una voz del cielo le anunció que el tiempo señalado por Dios para el juicio había llegado. Sobre sus oídos cayó el mandato del Todopoderoso:

«¡Oh rey Nabucodonosor, a ti se te dice: El reino ha sido quitado de ti!

Y te echarán de entre los hombres, y con las bestias del campo será tu morada, y como a los bueyes te harán comer hierba, y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que sepas que el Altísimo gobierna en el reino de los hombres, y a quien Él quiere lo da.» (Daniel 4:31-32)

En un instante, la razón de Nabucodonosor le fue arrebatada, y fue puesto al mismo nivel que las bestias del campo.

«...fue echado de entre los hombres, y comía hierba como los bueyes, y su cuerpo se mojaba con el rocío del cielo, hasta que su pelo creció como plumas de águila, y sus uñas como garras de aves.» (Daniel 4:33)

Así como las bestias no tienen conocimiento de Dios y, por lo tanto, no reconocen Su soberanía, así Nabucodonosor había sido indiferente a Dios y a Sus misericordias. La prosperidad y la popularidad lo habían llevado a sentirse independiente de Dios y a usar para su propia gloria el talento de la razón que Dios le había confiado. Se le enviaron mensajes de advertencia, pero no los tomó en cuenta. El Vigilante celestial tomó conocimiento del espíritu y las acciones del

rey, y en un instante despojó al orgulloso jactancioso de todo lo que su Creador le había dado.

Nabucodonosor no aprovechó las advertencias que recibió. Solo a través de la más severa disciplina aprendió la lección de que el Señor, y no el hombre, es el gobernante, y que el reino de Dios perdura para siempre. Solo después de pasar por largos años de humillación el rey de Babilonia aprendió que no era su cetro, sino el cetro de Aquel cuyo reino es eterno, lo que ejercía el dominio supremo sobre los asuntos de las naciones.

El hombre puede enorgullecerse y jactarse de su poder, pero en un instante Dios puede reducirlo a la nada. Es obra de Satanás llevar a los hombres a glorificarse a sí mismos con los talentos que se les han confiado. Todo hombre a través de quien Dios trabaja tendrá que aprender que el Dios vivo, siempre presente, siempre activo, es supremo, y le ha prestado talentos para usar—un intelecto para originar; un corazón para ser el asiento de Su trono; afectos para fluir en bendición a todos con quienes entre en contacto; una conciencia a través de la cual el Espíritu Santo puede convencerle...

«...de pecado, de justicia y de juicio.» (Juan 16:8)

Dios es infinitamente santo, y Él aborrece toda especie de iniquidad. Él es grande en poder, y castigará a los más poderosos con los más depravados. Primero da a los transgresores advertencias repetidas con frecuencia.

Si el corazón se endurece, si se niega a prestar atención a las advertencias dadas y a aceptar los medios de salvación, Dios hará sentir a los hombres que, así como Él los ha exaltado y favorecido, así también Él tiene que ver con su derribamiento.

Cuando Dios ha abandonado a aquellos a quienes Él ha altamente favorecido, ningún poder terrenal puede prevalecer. Dios es longánime, no queriendo que ninguno perezca; pero Su paciencia tiene un límite, y cuando se sobrepasa ese límite, no hay segunda probación. Su ira se desatará, y Él destruirá sin remedio.

«El que, siendo reprendido a menudo, endurece su cuello, de repente será destruido, y eso sin remedio.» (Proverbios 29:1)

